

LO PROFETICO Y POPULAR EN LA POESIA

Por Ismael Diego PEREZ

NADA hay más aleccionador que buscar en los manantios primigenios de la filología o filosofía clásicas, como hizo Federico Nietzsche, para entender muchos conceptos o ideas, que a fuerza de ejercicio o de hábitos mentales, se desconocen o se olvidan en su pristino sentido. Los idiomas son organismos vivos, que han nacido no de abstracciones o de entelequias mentales, sino de vivencias o sentimientos. En el profeta bíblico es fuego del espíritu, y la palabra sale sola, sin que nadie la haya enseñado: la fuerza desbordante del sentimiento encuentra la forma adecuada o la inspiración precisa. En el poeta es un endemoniamiento, como en el "metasi" platónico, intermediario entre los dioses y los hombres. Sócrates decía que su "daimon" le inspiraba. El poeta se halla poseído de una intuición entusiasta, convertido en vate, o vaticinador, que es su verdadero sentido en el idioma griego.

Del asombro nació la filosofía, cuando en el hombre, no satisfecho de su saber individual, pretendió encontrar leyes generales. Aquella afirmación de Aristóteles: sólo lo individual existe y lo universal es cognoscible, sigue tan vigente como hace veinticinco siglos. Abundan en nuestro tiempo las psicologías o las incógnitas del hombre. Y nadie puede hacerse, como genial prestimano, la solución definitiva, dentro de la manga.

Hacemos ciencia de la naturaleza y filosofía de la inteligencia, o del saber lógico, pero lo que sabemos del espíritu o de Dios son intuiciones, vivencias o postulados, aunque para los místicos sea éste el saber más elevado, como lo es para el poeta o para el amante. Sigue en pie la afirmación agustiniana: "non intratur in veritatem nisi per charitatem".

El filósofo ve fenómenos, cambios o mutación, lo mismo que ve el hombre ingenuo, pero el filósofo no puede conformarse con un mundo que cambia, inasible, en el sentido heraclítico, no quiere aceptar su mortalidad o su finitud, y entonces su inteligencia o su espíritu buscan la esencia de las cosas, o lo permanente, con la significación inicial de "to ti en einaí", es decir, lo que es.

Por eso Parménides descubre el "on", o el ser, el ente, tema central de la Escolástica, bien se trate de filósofos dominicos o franciscanos. Y los fenómenos ocurren en el tiempo, y el tiempo es el movimiento. El estudio del movimiento ocupa la física de Aristóteles y su metafísica es, en gran parte, física. Y dice: el tiempo es el número y la medida del movimiento, según el concepto de antes y después.

La filosofía tiene también su raíz en el amor: junto al saber del filósofo estaba el del amante. Ya para Platón existen tres formas del amor: el "Eros", o un deseo de alcanzar lo que no se tiene, o el amor humano; la "Filía", o amor intelectual, lo que después llamó Espinosa "amor Dei intellectualis". Y la tercera es el "Agapé", la forma más elevada del amor, que indica pureza metafísica, desinterés. Es la forma llamada "charitas" por San Agustín o San Pablo. El amor o el odio, la belleza o la fealdad, queda expresado en el Antiguo Testamento, con sentido profundo: "Deus Jacob delessit, Esaú autem odio habuit".

Pero la construcción del filósofo es siempre racional, y aun los llamados irracionistas, están empleando la razón para combatirla: lo construido por la razón es siempre provisional y sujeto a nuevas revisiones conceptuales. Recordemos que en latín, la palabra "ratio", significaba razón o parte, y todo lo que raciocinamos, lo razonamos o partimos; nunca la parte puede satisfacer la aspiración filosófica del todo. De aquí la existencia de tantos sistemas de filosofía. Y es que el filósofo es un ser ingenuo, que pretende encerrar el universo en leyes, y como el Universo es siempre más que las leyes, se le escapa a sus redes conceptuales. Es lo opuesto a la obra de arte, que es en sí misma, como todo lo vivo, un universo, y no se explica, sino que nos implica y complica en su "pathos" estético.

A Don Miguel de Unamuno se le preguntaba por qué no pertenecía a un partido político, y contestaba: yo no soy partido o quebrado, sino entero, y si perteneciese a algún partido, lo partiría.

Hemos afirmado varias veces que el artista de genio tiene un saber de no saber, que es un saber profundo, conferido por la raza o por la estirpe, o lo que llama Jung el "inconsciente personal y colectivo". Por eso el artista que no es fiel a su pueblo tiene una voz de falsete, aunque sus construcciones sean irreprochables desde un punto de vista formal. Cuenta Don Alfonso Reyes de unos jóvenes mexicanos, radicados en París, aficionados a las artes, que conocían a Cezanne y Gauguin, y nada sabían del arte mexicano. Un profesor francés, comentaba: "Ces messieurs n'ont pas de pays."

El arte verdadero se ha de hacer con dolor apasionado, no con diletantismo. Shakespeare decía: si sientes un monstruo dentro de tí, búscalo expresión o dale salida, si no quieres perecer asfixiado. Pensemos en la ingenuidad de un poeta que nos dijese, después de un almuerzo opíparo, dando unas palmadas de júbilo y rascándose la cabeza: voy a escribir ahora un soneto magnífico, que será una obra maestra.

En nuestro tiempo se ha puesto de moda hablar de la tierra, y la mayoría de los poetas nunca han vivido en el campo, sino en grandes ciudades, habitando un piso elevado, sin más comunicación con el suelo que el cordón umbilical del elevador, en su sube y baja. O aquellos poetas que hablan de las flores y nunca han aspirado de verdad la fragancia de una flor natural en sus manos. El tema de las flores lo han tomado de otros poetas, como el tema de la tierra, y son flores de papel o tierra sin temblores ni aromas.

Recuerdo la siguiente anécdota. Un joven poeta asistió a una tertulia de escritores, a la que yo asistía y nos trajo unos versos, que leyó con entusiasmo. Todas sus composiciones trataban sobre las nubes, las montañas, el mar, el cielo, los valles, las nieblas o los ríos. Uno de los contortulios, con humorismo sangrante, le preguntó: ¿Qué cree Vd, sea la poesía? Y el poeta volvió a repetir que era el canto de las nubes, de los ríos, de las montañas, etc. Y el mismo contortulio, replicó: ¡Ah, sí...! Entonces, amigo mío, ¿qué es la geografía?

Yo decía en cierta ocasión a una poetisa, que me pedía opinión sobre sus poemas: haces tus versos y los vives emocionada. Basta ponerse en tu actitud patética de amor y enajenarse; no sabes el por qué de las cosas, ni debe importarte, sino que te acerques con amor a las gentes y a las cosas, para conocer el misterio de las almas y del mundo, con aquella voluptuosidad íntima y profunda, que describe en sus versos la condesa de Noailles:

*Je suis cette humble porte ouverte sur le monde;
la nuit, l'air, les parfums et l'étoile m'inondent.*

Y es que el poeta es, como dijimos, un ser endemoniado, poseído de radicales intuiciones. Su palabra es nueva, recién amanecida. Nos referimos al poeta auténtico, aquel que tiene el sentido profético o de vaticinio, el vate. El poeta conoce por los sentidos y no por la ciencia, al menos por la ciencia objetiva, sino otra ciencia, nacida de la inspiración, del amor, en suma. Hubo un poeta inglés que dijo:

*Here is the voice of the Bard,
Who present, past and future sees...*

La creación poética es como una cuarta dimensión del espíritu, sin posible definición. Cuando un poeta capta en imágenes o parábolas el ser íntimo de las cosas y descubre el lenguaje preciso para definirlo, ha fijado como en una fotografía, la esencia del mundo y nos ha descubierto la cuarta dimensión que en todas las cosas subsiste, o la revelación en la pintura de un gesto o actitud proverbial del personaje, o el sonido armónico que define estados del alma, o fenómenos de la Naturaleza.

Nuestro Universo y el conocimiento humano "sensu stricto", es de tres dimensiones. Para Einstein el mundo es cuatridimensional, en que el espacio y el tiempo forman una covariante indisoluble, o un continuo tetradimensional, que no es tiempo ni espacio.

Por eso el poeta no podría explicarnos cómo hace sus versos, ni el amante cómo ha nacido su amor, ni el creyente cómo siente las voces divinas; es una actitud de patetismo metafísico, de enajenación, o dejar de ser en sí para ser en otro. De la poesía no cabe hacer ciencia y es inútil que pertrechados de argumentos lógicos, queramos reducir la poesía o la vida del espíritu a una definición; escaparía de nuestra red conceptual, lo mismo que escaparía el viento, si tratáramos de encerrarlo en nuestras manos.

La poesía existe, como existe el hombre, o el espíritu que le anima; es como una subalma o superalma de todas las cosas. El poeta Bécquer decía: podrá no haber poetas, pero siempre habrá poesía.

Por otra parte, no creo en otra poesía que en la poesía lírica. O en la poesía lírica de tema dramático o épico. Ni en los poetas que hacen novela en verso, como Campoamor, ni en los versos agro-pecuarios de Gabriel y Galán, a favor de tema religioso o de tema campesino, ni en la poesía pura, pureza del espíritu, geometría de las formas, como Pablo Valéry. Ni en el arte deshumanizado que preconizó Ortega y Gasset, con la "des-realización", y que influyó en poetas académicos, fríos e intelectualizados, como Guillén, Salinas o Cernuda, que analizan las palabras como si fuesen insectos en la lente de un laboratorio científico.

Ni tampoco en la poesía que es alquitara esencial de emociones, como Mallarmé o Rimbaud, por mucha que sea su cultura latina o filológica. No amamos a una mujer por conceptos, sino por deseos y sentimientos, ni creemos en Dios por Teología, sino por mística.

Ni tampoco creemos en los poetas que leen sus versos a unos pocos, en actitud rinconera, alegando un hermetismo o un misterio subjetivo, que certifica su ausencia de contenido poético. La poesía no puede ser el reflejo de una personalidad corrompida, sin amor al Universo, que en muchos casos, nos deja indiferentes, o despierta en nosotros, aunque no lo confesemos, aversiones disimuladas. Nada nos importan, desde un punto de vista poético, las cuitas del poeta ramplón hacia su amada, ni las angustias del que sólo cree en sí mismo, en vergonzante solipsismo existencial y que recita sus poemas a un grupo de "selectos", o de "escogidos".

Ni Mallarmé ni Rimbaud, ni Valéry, ni Salinas, para hablar de poesía europea, que es la que más conozco, tuvieron creencia de su arte, sino estimación. Y es creencia y no estimación, porque lo poético no es lo torturado, lo particular en angustia, sin dimensiones de arte universal, que haga comulgar a todos los humanos. Recordemos el "Agapé" heleno o la "charitas" cristiana.

La sola existencia de otro hombre, distinto a como somos, crea una colisión, nacida de la diferencia, y sólo Dios, o un arquetipo superior, puede hacernos comulgar en amor con los extraños a nuestra rabiosa y selvática individualidad diferencial.

El más grande poeta o artista es el que habla la voz de todos, la voz del Universo, o la voz popular de su estirpe, la que define Jung. Así fué Homero, recogiendo las voces múltiples de los aedas, cantando

(Pasa a la pág. 20)

que en Belén nació
el Rey de los cielos.

El Rey de los cielos,
astro omnipotente
y de Jericó
viene mucha gente.

Viene mucha gente
desde Jericó
un astro del centro
les resplandeció.

Les resplandeció
nuestro Redentor,
porque de su frente
brota un resplandor.

Brota un resplandor
de lindos colores,
junto al Precursor
entran los pastores.

Entran los pastores,
hubo quien dijera
que unos tres señores
vinieron de juera.

Vinieron de juera
los reyes de Oriente

con fe muy sincera
entran de repente.

Entran de repente
Melchor y Gaspar,
inmediatamente
entró Baltasar.

Entró Baltasar
que llegó después
y para adorar
se postran los tres.

Se postran los tres
ante el Inocente,
llevando a sus pies
un rico presente.

Un rico presente
dejan y se van
y los ve la gente
pasar el Jordán.

Pasar el Jordán
en grande tropel
porque huyendo van
de Herodes el cruel.

Herodes el cruel
se muestra orgulloso,
porque en Israel
es el poderoso.

Es el poderoso
pero desalmado,
murió de leproso
muy engusanado.

Muy engusanado
acabó su día
por haber pensado
matar el Mesías.

Matar el Mesías
pero disvariaba,

porque no sabía
dónde se encontraba.

Dónde se encontraba
él no lo sabía,
porque lo cuidaba
San José y María.

San José y María
salen de Belén,
un astro los guía
de Jerusalem.

De Jerusalem
cogieron camino
en lugar de tren
llevan un pollino.

Llevan un pollino
donde van los dos,
la Virgen y el niño,
a paso veloz.

A paso veloz
a Egipto llegaron
por obra de Dios
allí se quedaron.

Allí se quedaron
haciendo oración,
así se libraron
del fiero dragón.

El fiero dragón
al punto dispone
la degollación;
el niño se esconde.

El niño se esconde,
hay gran mortandad,
por estas razones
me despido ya.

Me despido ya
con mucha ternura,

que la noche está,
lloviosa y oscura.

Lloviosa y oscura
la noche se vé,
si el sueño le apura,
Acuéstese usted,

Acuéstese usted,
amado casero;
porque en esta vez
mi aguinaldo quiero.

Mi aguinaldo quiero
para continuar,
porque ando rendido
de tanto cantar.

De tanto cantar,
continuaré alerta;
voy a terminar,
cierre usted su puerta.

Cierre ya su puerta,
porque ya nos vamos
si otro lo despierta
nosotro avanzando.

Nosotros avanzando
para otro lugar,
seguimos cantando
pero en otro altar.



LO PROFETICO Y LO POPULAR EN LA POESIA

(Viene de la pág. 12)

epopeyas, descifrando claves de lejanías, en un afán de infinito, entre mares tormentosos o dioses arbitrarios.

También el poeta, ante el misterio y el dolor, siente la tristeza creadora. Así cantaba Dier:

*There is a mood,
There is a kindly mood of Melancholy,
That wings the soul and points her to the skies...*

Este mismo sentimiento inspiró a Virgilio, el vigoroso poeta que cantó en la ENEIDA la fundación de Roma por Eneas, el príncipe troyano. El poeta latino tuvo el alma transida de mitos y de emociones universales, al descubrir el dolor de las cosas, "lacrimae rerum". O aquellos sentimientos de amor divino en San Juan de la Cruz, el místico castellano:

*Yo bien sé la fonte que mana y corre,
aunque es de noche...*

*Su origen no lo sé, pues no lo tiene,
pero sé que todo origen de ella viene,
aunque es de noche...*

*Yo sé que no puede haber cosa más bella,
y que el cielo y la tierra beben de ella,
aunque es de noche...*

En San Juan se dieron cruce el místico y el poeta. No se puede encontrar tan fácilmente un lenguaje tan sencillo y al mismo tiempo tan profundo y tan rico de sugerencias espirituales. La lectura de sus poemas, en su sonoridad cantarina, nos despierta el espíritu, como en la noche la catarata de una fuente, percutiendo sobre las rocas de su nacimiento. El tema de la noche y de las aguas se toma en San Juan para expresar alegorías de la fe. Y es como un correr fluvial del sentimiento, en los oscuros Guadianas de la noche.

*... montes, valles, riberas,
aguas, aires, ardores,
y miedos de las noches veladores.*

O también en aquellas estrofas del "Cántico":

*Mi amado, las montañas,
los valles solitarios nemorosos,
los insulas extrañas,
los ríos sonoros,
el silbo de los aires amorosos.*

El poeta tiene la misión de recrear el idioma, como nuevo demiurgo platónico, y no un vano juego de formas superficiales, sino respondiendo a un claro sentimiento. ¿Qué alma, en busca de amor divino, no siente como propios aquellos versos de San Juan, en toda la hondura de su simbolismo?

*¿Adónde te escondiste,
amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
habiéndome ferido;
salí tras ti clamando, y eras ido.*

La palabra poética en San Juan es de tal naturaleza, que ni antes ni después, nadie expresó un lenguaje igual, ganando una eternidad de patetismo y misterio. Aceptaría un parangón con el arte gótico, que al guien dijo era el Evangelio cristiano, convertido en piedra, y nos recuerda el pensamiento de Salomón, rey de Israel: "¿Qué es lo que es? Lo mismo que fué. ¿Qué es lo que fué? Lo mismo que es. Nada hay nuevo bajo el Sol."

Ahora bien, la poesía es tradicional y creadora. En todas las literaturas se da el mismo fenómeno. Lo tradicional es conservador de las formas antiguas, que antes fueron populares. Pero el objeto de la poesía o del arte no es imitar el pasado, sino crear formas nuevas de expresión o inéditos mensajes. A ningún poeta con sentimiento auténtico, se le ocurriría hoy, verbigracia, imitar a Garcilaso, a Góngora o al Arcipreste de Hita.

Conservar el tesoro literario del pasado es propio de los maestros de la literatura académica, pero todo artista creador no debe imitar a los maestros, so pena de negar su propia creación original.

Inmarcesibles son en el paso de los siglos, por sus criaturas y su hondura poética, EL POEMA DEL CID, LA DIVINA COMEDIA o LOS NIBELUNGOS. Pero ahora hemos de crear nuevos poemas universales, con nuestra voz y nuestro idioma: el afán del hombre y su destino es encontrarse a sí mismo en la voz popular de su estirpe, arrancar secretos a la Naturaleza y dialogar con los ángeles. Y recoger tradiciones, supersticiones y mitos. Si el hombre no cultiva la superstición y el mito que le da el costado mágico de su existencia, se seca y envejece, lo mismo que la clorosis en las plantas, por falta de sol y de humedad.

Por eso creemos que toda creación poética o artística ha de llevar una emoción oculta en las formas y presente en las formas, que en sus apariencias muestren el alma interior de las cosas o de la pasión humana. Lo mismo que un pintor de genio busca el éxtasis eterno, en la expresión de ayer, de hoy y de siempre, a través de mudables estados.

Podemos comprobarlo en las familias que tienen galerías de retratos familiares: haciendo abstracción de formas individuales, encontramos el alma de la estirpe.

La palabra pasión humana que hemos empleado, nos da la clave de este artículo: el "pathos" o "sympatheia", en lengua griega, significaba padecer o sentir con otro, porque el otro padece o siente. Y sólo cuando el padecer o la pasión ajenos son nuestros propios pasión o padecer, podemos decir que el poeta tiene el sentido de lo popular y de lo profético y es un poeta auténtico.

Otra cosa es el filósofo, como intérprete de la verdad, estableciendo predicados lógicos sobre el ser o la cultura y haciendo una ontología negativa, como obra no mostrada y sí demostrada, en oposición al contemplador o al creador positivos, que se adentran en una actitud patética de esteticismo irracional, por aquello que llama Heidegger la experiencia fundamental del ser y de la nada por la angustia.